

# CAPÍTULO 22

## NARRANDO LA PAZ DESDE EL BUEN PASTOR

Informe Especial de conjunción de géneros, publicado en *Utópicos* de agosto de 2015, págs. 10, 11 y 17.

Trabajo elaborado después de ganar convocatoria nacional del proyecto 'Jóvenes que cuentan la Paz' de Consejo de Redacción. Ganador del Premio Alfonso Bonilla Aragón, categoría Periodismo Universitario, en 2016.

### ***José Julián Mena Rivera***

*Universidad Santiago de Cali, Colombia*

**Orcid:** <https://orcid.org/0000-0001-6654-9061>

✉ [j-j\\_mena@hotmail.com](mailto:j-j_mena@hotmail.com)

### ***Johana Castillo***

*Universidad Santiago de Cali, Colombia*

**Orcid:** <https://orcid.org/0000-0002-6937-3556>

✉ [leydi.castillo00@usc.edu.co](mailto:leydi.castillo00@usc.edu.co)

### **Cómo citar este capítulo:**

Mena Rivera, J. J. y Castillo Muñoz, L. J. (2020). Narrando la paz desde el Buen Pastor. En: Behar Leiser, O. y Castillo Muñoz, L. J. (comp.). *Utópicos. Una nueva era para los géneros periodísticos*. (pp. 131-140). Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali.

## LETRAS QUE ALIMENTAN LA ESPERANZA

Andrés<sup>16</sup> es un joven de 18 años que encontró en la escritura la mejor forma de enfrentar los fantasmas de su pasado.

Con la mirada gacha, cuenta que le ha quitado la vida a por lo menos 18 personas. A los doce años cobró su primera víctima; era un hombre joven de 28 años aproximadamente, y todo porque le ofrecieron 500 mil pesos, que después no sabría en qué gastarlos.

La violencia ha tocado a tal punto la niñez y la adolescencia en Colombia, que según informes de Medicina Legal, cada nueve horas es asesinado un menor de edad en el territorio nacional. No se puede calcular el número de niños, niñas y adolescentes vinculados a los grupos al margen de la ley en Colombia; sin embargo, Human Rights Watch y la Defensoría del Pueblo estiman que este número se sitúa entre doce y dieciséis mil.

Pese a la consternación que rodea estas cifras, existe un buen número de adolescentes infractores que han encontrado en la escritura la posibilidad de expresar sus desavenencias con los sistemas sociales y la única salida para acercarse a sus víctimas y pedir el perdón.

“El hecho de que los jóvenes tengan espacios para expresarse implica, seguramente, un cambio total en su forma de pensar y una nueva resignificación de sus actos. La vida en muchos casos los ha llevado a conocer solamente el mundo del delito, es bueno que la comunidad sepa que ellos necesitan otra oportunidad”, señala Jhon Arley Murillo director del Icbf, regional Valle.

Andrés no podía llegar a la casa con esa cantidad de dinero, porque no tendría como justificarlo. Por tal razón, cuando recibió el pago por su cometido, inmediatamente se compró unas zapatillas Nike, un buzo marca Oakley y un par de prendas más. No podía tener esa suma de dinero por mucho tiempo, porque despertaría sospechas.

En casa, no conocían las dinámicas ocultas en las que se movía su hijo. En ese momento de sus vidas, estaban muy ocupados resolviendo sus problemas matrimoniales, los cuales terminarían en la separación definitiva de sus padres un año más tarde.

Para Jorgelina, madre de uno de los adolescentes del Centro de Formación Juvenil Buen Pastor, el que su hijo esté privado de la libertad le ha permitido reflexionar acerca de la manera como lo educó; “no entiendo cómo nunca me di cuenta en qué andaba mi muchacho”.

“En la red vincular familiar hemos identificado que en la mayoría de los casos se desconocen las relaciones de pares de sus hijos y las dinámicas ocultas se convierten en un común denominador de su cotidianidad”, explicó Johana Trejos, psicóloga del Buen Pastor.

16 Nombre cambiado para proteger la identidad del adolescente.

“Matar daba plata”, era lo que escuchaba Andrés en la calle de boca de maleantes, expendedores de drogas, jefes de bandas, en definitiva, de sus únicos amigos.

Una a una fueron cayendo sus víctimas. Empezó a vincularse de forma activa en bandas delin cuenciales que pagaban un sueldo mensual de un millón de pesos por sus servicios, eso sin contar la ‘liga’ que le daban al término de cada trabajo.

Entre más dinero tenía, más infeliz se sentía. La maldad lo había cobijado y no lo dejaba ser feliz. De ese dinero, hoy no queda nada. Llegó al punto de matar por simple aburrimiento.

“Estos días he salido mucho para hablar con el equipo psicosocial y el padre (un pastor anglicano que oficia de capellán en el Buen Pastor), porque he sentido mucha culpa. Medito y no encuentro la razón del porqué de muchos de mis actos y recuerdo los momentos en los que vi a la muerte cara a cara”, añadió Andrés.

La escritura se ha convertido en la única forma de hablarle a una sociedad que, como señala el Personero delegado para el menor y la familia de Cali, Edward Hernández, “quizás no esté preparada para escucharlos, porque hemos sido educados en la condena y la culpa. Sin embargo, nosotros debemos empezar por aceptar la corresponsabilidad de la violencia y generar espacios como estos, para que se creen las condiciones de inclusión óptimas, que permitan restablecer sus derechos”.

“Escribir es liberarme. Es contarme la verdad a mí mismo. Al Taller de Comunicaciones de la Universidad Santiago de Cali llegué para ocupar el tiempo, pero no imaginé lo importante que sería. Me sirvió para conocer las letras, las mismas que ahora alimentan mi esperanza y me permiten soñar con la libertad, pero no la de las rejas sino la del corazón”, enfatizó Andrés.

Finalmente, y entendiendo la importancia liberadora de este reportaje, Andrés concluyó: “Con la escritura me puedo desahogar y me permito contarles a otros mi testimonio, para que no cometan el mismo error mío. Quiero llegar al corazón de aquellas personas a quienes les hice daño, a quienes les arrebaté el calor y el amor de un padre o de una madre, a los padres a los que les quité la oportunidad de ver crecer a sus hijos. Estoy seguro que la vergüenza nunca me dejará mirarlos cara a cara, pero me escondo en estas palabras para decirles desde el Centro de Formación, que les envío mi más sincera petición de perdón”.

## NADIE MATA PREGUNTÁNDOSE EL PORQUÉ

*Andrés*

He llegado al punto de sentir culpa por mis actos. Hoy pienso en la cantidad de personas a las cuales les quité la oportunidad de vivir un futuro, de ver crecer a sus hijos.

Un día cualquiera llegaron a mi casa y me dijeron que me alistara, que tenía que salir a trabajar. No lo pensé dos veces, al fin y al cabo a eso me dedicaba; a matar gente.

Hice las preguntas de rutina: ¿quién es? ¿dónde está? ¿cómo está vestido? ¿qué rasgos físicos tiene? La única pregunta que nunca hice, y que nadie que trabaja en este medio se hace es ¿Por qué? Pero yo me la haría dos semanas más tarde.

Quería hacer mi trabajo sin errores, pero el verdadero error era hacer mi trabajo. Nunca pensé que matar a esa persona dejaría una marca imborrable en mi vida.

Mi arma siempre estaba lista. Me vestí con un buzo negro y unas zapatillas cómodas para salir corriendo del sitio después de matar al 'fulano'. Sin demora, llegué al lugar que me indicaron. El tipo entraría en su carro con la esposa y el hijo pequeño.

Mis latidos se aceleraron. El personaje llegó. Esperaba acabar rápido mi trabajo, como si fuese una fiesta deseada. Todo pasó muy rápido.

La víctima se bajó del carro, ahora mi corazón se congeló, se convirtió en una fría piedra. Saqué mi revólver y me le abalancé. Le solté unos cuantos disparos, unos en la cabeza, otros en el cuerpo.

Corrí tan rápido como pude. Ya en casa me lavé muy bien para quitarme cualquier rastro de pólvora.

Después de dos semanas salí a buscar un poco de diversión y convidé a una amiga a comer. Sentados a la mesa, hablamos de muchos temas, hasta que por coincidencia me mencionó el asesinato de un señor, sin saber que estaba sentado con la persona que había matado al susodicho.

Empezó a contarme lo buena persona que era, el amor que le tenía a su familia y lo devastados que habían quedado después de su muerte.

Yo trataba de cambiar el tema, pero no podía interrumpir sus lágrimas de indignación por ese homicidio.

Debía escucharla, al fin y al cabo era mi amiga. Estaba dolida y enfatizaba en la calidad de persona que era y en su desprecio por el autor del hecho.

Supe que era trabajador, que había alcanzado a conseguir muchas cosas en la vida como fruto de su trabajo, que amaba a su hijo inmensamente. También, que ayudaba a los más cercanos a salir adelante. Me dijo tantas maravillas del difunto que desde ese momento empecé a preguntarme, por primera vez, ¿por qué lo mandaron a matar? Nadie mata preguntándose el porqué.

La culpa cubrió aún más mis sentimientos. La orden de muerte se debía a razones de poder: querían quedarse el dinero del difunto, que había recogido tras largos años.

La orden que recibí derrumbó unos sueños. Destruyó una familia. Maté a alguien que lo único que había hecho era trabajar honestamente. Nunca podré mirarlos a la cara y decirles que yo derramé la sangre de aquel inocente.

## Crónica

### **BARRAS BRAVAS: DENTRO Y FUERA DEL ESTADIO**

*Johana Castillo*

De nuevo están en la cancha, su enfrentamiento ahora es con el balón, Steven lleva un peto de color verde que ajusta con su camiseta blanca. Unos metros más lejos, Juan lleva el rojo.

Se escuchan el pito y los gritos de los demás compañeros de juego. El sol está en su máximo esplendor, gambeta viene y va.

Juan menea el balón, el temor de la defensa contraria le da valentía, así como meses atrás, él y su grupo de La barra del América impartían el miedo. “Éramos el terror de la comunidad, era impresionante. Cuando llegábamos a los pueblitos se veía cómo empezaban a cerrar rejas, puertas, cortinas y ventanas de casi todos los negocios”.

Steven lo bloquea con su cuerpo y Juan cae. Tiempo atrás, por esa acción, además de una tarjeta roja, se habría llevado un golpe de su adversario. Pero las situaciones cambian cuando los jóvenes están reclusos en la institución.

“Acá uno aprende, esto no es como en la calle que uno peleaba por una camiseta”, enfatiza Steven. En la calle, no se podían ni ver. Según las estadísticas, el crecimiento anual de las pandillas en Cali es del 20%. Así lo aseguró el magistrado Wilson Ruiz, de la Sala Disciplinaria del Consejo Superior de la Judicatura, durante una asamblea de convivencia. Según la Personería Municipal, hay 137 pandillas y por lo menos 2.200 jóvenes las integran.

Se reanima el partido, ambos se miran y sonrían.

Cuando el equipo pierde, ambos son marcados por la depresión. “Cuando uno ve caer el equipo, uno se siente en el piso, cuando ellos pierden uno también pierde la alegría, la plata que invirtió para ir a verlos, los viajes y los sacrificios”, explica Juan.

El balón rueda y Yeye, sentado detrás de uno de los arcos, rapea:

*“Reprochan a los presos porque cometemos errores  
O nos tiran porque queremos ser uno de los mejores  
En la música, en el canto o en la cancha  
Cuando jugamos, o cuando alentamos”.*

Lo aplauden, es el líder indudable de su ‘Casa’.

En la institución, no se olvidan del amor desenfrenado por su equipo, hasta el punto de generar violencia. Estas disputas entre bandas de diferentes equipos suceden antes y después de algún partido.

“Cuando pierde su equipo, uno siente la presión, se siente humillado; ¿cómo vamos a perder? y el otro equipo alentando y sacándole canciones a uno, uno se estresa, ¡vamos a enfrentarnos contra ellos!, uno lo hace para subirse el ánimo y el orgullo”, explica Steven.

En el Buen Pastor se desarrollan talleres y pactos de convivencia, los jóvenes se encuentran con su enemigo recluido en el mismo lugar. En la ‘Casa Honestidad’ lograron el pacto; Juan y Steven hacen parte de él gracias al acompañamiento de Yeye; entre los tres han desarrollado una buena amistad.

“El trabajo en equipo con compañeros, con la familia, es clave en el proceso; además, los jóvenes como Steven y Juan son muy calmados y se prestan para trabajar”, cuenta Deisy Pinto, psicóloga de la institución.

Suena el pito final y los jóvenes se desplazan de regreso a su ‘Casa’. Yeye camina despacio. Delante de él, Steven y Juan hablan sobre su gran desempeño en la cancha, una conversación que hace unos meses no habría podido ser realidad.

Algunos aprenden a convivir con otros de diferentes barras, gracias a las ayudas que encuentran mientras están recluidos,. “Uno habla para que haya convivencia, así uno no tiene que estar peleando sino que también aprende a hacer amigos acá”, expresa Juan mientras seca el sudor de su frente.

“En la calle, más de uno dice ser amigo y nunca se reporta, así sea una pequeña nota, pero ni siquiera eso. En cambio, si uno tiene problemas, ahí se sabe quiénes son los socios”, agrega Steven, mientras le da un golpecito a Juan.

Entre risas, cuentan que Yeye fue pieza clave para que ambos se calmaran y empezaran a dialogar; reconocen que el trabajo de las psicólogas y trabajadoras sociales reafirman el proceso de amistad con aquellos a quienes anteriormente llamaban enemigos.

“Dentro del *Buenpa* tengo varios socios que son del Cali, están Steven, Carlos, José, en la buena con ellos”, aclara Juan. Steven agrega que no con todos se pueden hacer las paces: “Uno sigue con la rivalidad porque uno de pronto se lo va a encontrar y el *man lo tropelea* y uno también va a responder; pero con otros la rivalidad no existe, aunque uno sabe que él cumple con el pacto y uno es consciente de que él es americano y yo caleño”.

El proceso del barrismo para cambiar una cultura, más hacia lo deportivo que hacia la confrontación, es complejo y lleno de sensibilización. La resocialización busca que los jóvenes aprendan a convivir en paz, modificando sus hábitos y construyendo un futuro mejor.

Al acercarse el día de su libertad, Juan aseguró: “Yo no voy a salir a pelear contra los del Cali, son etapas que uno quema y yo no voy a hacerme matar por eso, uno aprende que hay que convivir, y cuando me encuentre a mis amigos de acá no voy a pelear. Si yo no hubiera estado aquí interno, habría seguido en lo mismo”.

Mientras tanto, Steven comenta: “Por un lado, las barras son buenas para el que sólo va a ver el equipo y no roba, está en la buena, pero el que la lleva por la mala, robando y apuñaleando a los de otros equipos, pierde”.

Yeye se siente contento de haber ayudado a estos jóvenes dentro de la ‘Casa’ para que se reconciliaran y afirma que mientras pueda, seguirá procurando que otros amigos se unan y cambien.

## Perfiles

### YEYÉ, UN CAMBIO DE VIDA

A lo lejos, un sonido de candados anuncia su llegada. Un moreno alto y robusto, de ojos saltones y sonrisa grande llega a la reja. Juega con su cabello enrollándolo para formar ‘un rulo’, hasta que cinco minutos después el formador abre. Con el dedo índice erguido y un ‘bien’, agradece al funcionario.

Tiene 18 años y aunque le gusta el fútbol, dice que no está para ‘barras bravas’; ama la música, compone letras para liberar la mente: hace dos años está en el Buen Pastor, donde es peluquero.

De su infancia recuerda cuando participaba con devoción en el grupo musical y el coro de alabanza en una iglesia; vivía con su madre y tres hermanos. Luego, “la independencia”, cuando se fue a vivir con cinco compañeros. Esto marcó su vida para siempre: “un día me fui para La Cumbre (Valle) a hacer una ‘vuelta’, cuando volví encontré muertos a tres de mis socios, los demás se volaron”.

Después se fue a vivir con dos amigos, a uno de ellos le decía 'primo'. Por problemas de convivencia, su otro compañero decidió matarlo. Después Yeye y él permanecieron juntos.

Por un 'negocio' hizo que uno de sus amigos matara a otro, para quedarse con el pago. La respuesta apareció meses después: en venganza, matarían a su hermana. Yeye tenía 16 años.

De ahí se deriva el delito por el que permanece recluido. No quiere recordar y esquivo la respuesta.

Pasaron los meses, por avaricia y necesidad, cada vez se descarrilaba más, ahora hacía hurtos y homicidios, y tenía armas ilegales. "Compraba ropa de marca, zapatillas y le hacía llegar unos pesos a mi madre. El compañero con quien vivía me dijo que la Policía estaba dando un millón de pesos por información sobre mi paradero".

Su ánimo es cambiante, ahora entre risas cuenta cómo fue su captura. "Tocaron la puerta fuertemente, entre gritos avisaron que era la Policía, que abriera, que quedaba detenido". Yeye apuntó a su cabeza con un arma para quitarse la vida.

"Era el fin del mundo", todo estaba perdido y sabía que tenía que pagar por cada delito cometido, por tanto daño causado. La Policía tumbó la puerta e ingresó.

Un silencio invade la capilla, los recuerdos lo ponen sentimental. "No tuve oportunidades, lamentó todo lo que hice, si no me hubiera relacionado con personas indebidas, mi vida sería diferente, sería una buena persona".

Con serenidad cuenta cómo se ha ganado la confianza dentro del Centro de Formación para tener los instrumentos de peluquería. "No doy mucho visaje, simplemente me porto bien, no le hago la guerra a nadie". Ahora es una pieza clave para unir a sus compañeros de la 'Casa Honestidad', a través del habla.

### **"AHORA SOY LIBRE": JUAN, 'EL AMERICANO'**

Su cuerpo es un lienzo, los tatuajes son su principal característica. En él se reflejan treinta dibujos, tres de ellos en honor a su equipo, el América de Cali. Es 'el Americano'.

Se sabe todos los cánticos de su equipo y como barrista, ha pasado por diferentes ciudades alentando a su onceno del alma.

Habla calmado y sereno, sus ojos son negros y reflejan tranquilidad; en lo emocional es perseverante y mientras estuvo en el Buen Pastor trató de ahorrarse problemas con sus compañeros, para no ser sentir más largos los 24 meses de sanción.

“Llegué por tentativa de homicidio y hurto, eso lo hice porque tenía rabia, me habían matado a un ‘socio’ y me iba desquitar con otra persona”, recuerda Juan.

Cuando fue aprehendido por las autoridades, ya era bachiller académico y estaba cursando tercer semestre de gastronomía en el Sena. Encontraba gran placer en cocinar para su familia, en especial el lomo de cerdo con salsa agridulce, que a todos encantaba.

Goza ser padre, pero al bebé solo pudo disfrutarlo durante sus primeros cuatro meses, pues fue capturado. Esta ausencia lo ayudó a replantear su actitud ante la vida, aunque reconoce que después del nacimiento de su hijo siguió delinquiendo.

Dice ser muy espiritual y, como garantía, muestra el tatuaje sin terminar de un buda en su antebrazo derecho.

Tenía grandes deseos de recuperar la libertad y finalmente lo logró. Ahora que está en la calle, felizmente retomó su vida social y familiar; sobre todo, le dedica mucho tiempo a su hijo, que es su motor cada mañana.

“No quiero cometer más errores, ahora soy libre”, puntualiza.

## STEVEN: EN LA LUCHA

Con tan solo 18 años, Steven ya cuenta con un gran recorrido en el Buen Pastor; su cabello, oscuro y lleno de crespos, decora sus rasgos negros pronunciados.

Sus ojos son grandes y deslumbran pasión, su voz es suave y sus movimientos corporales son lentos. La piel morena contrasta con el verde de su camiseta y una pulsera colorida que lleva en su mano.

Su amor por el Deportivo Cali es infinito, recuerda que es hincha “desde que mi papá me llevó a un partido del Cali, tenía 5 años y lo vi jugar contra el Nacional. Ese día ganó 2 a 0”.

En ese momento, Steven se apasionó, al punto de que eran sagradas las visitas al estadio con su hermano y su papá.

Con el paso del tiempo se fue involucrando en las barras: “me fui metiendo al cuento y no voy a dejar de alentar a mi equipo, hasta en la tumba”, expresa con una risa nerviosa.

Está recluido en la institución desde hace un año, allí trata de olvidar todo lo que hizo en la calle. Es calmado; sin embargo, le gusta que le hablen claro.

Por su familia, intenta no meterse en problemas cuando se trata de defender al Cali. De ella recibe apoyo para lograr que termine su condena.

En el Centro de Formación aprendió a comportarse, no quiere pelearse por una camiseta para que allí, encerrado, esté intranquilo esperando un ataque de otros barristas. Sin embargo, enfatiza que por su equipo lo da todo.

Siempre trata de colaborar en todas las actividades desarrolladas en la institución, es juicioso y cumplido. Sin embargo, hay temas que prefiere callar, como por ejemplo, cuál fue el delito que cometió. “Yo sigo en la lucha”, expresa para simbolizar su deseo de salir adelante.